

Siempre que hablo de literatura, siempre me vienen a la mente los libros que he leído, los que he leído y los que he leído. Siempre que hablo de literatura, siempre me vienen a la mente los libros que he leído, los que he leído y los que he leído.

Siempre que hablo de literatura, siempre me vienen a la mente los libros que he leído, los que he leído y los que he leído.

Siempre que hablo de literatura, siempre me vienen a la mente los libros que he leído, los que he leído y los que he leído.

Siempre que hablo de literatura, siempre me vienen a la mente los libros que he leído, los que he leído y los que he leído.

NUNCA ha podido saber cómo se fue a la misma hora, sin durante esas años de haberlo en que nunca llegar a la oficina cuando...

El precio a pagar

En cuarto bucle a confort, el clima central te hace el efecto de una cálida sensación, de no saber nunca cómo andan los tiempos en el exterior; acomodada las almohadas y alcanzas del buró el aparato de control remoto para encender la Sony; la voz telefónica que le repite a Ochoa: lo felicita mucho por su programa, acaba con el cuadro del tedio. Aún así te da una flojera atroz pararte a orinar al baño; ni hablar, a la de tres el contacto de tus pies descabos con la alfombra es una caricia reconcomiante. Qué fácil te adaptaste a la prosperidad, a este nuevo status que tu papá no perdona; y que primero muerto que pararte en tu casa.

Son las nueve de la mañana y en la cresta del día
la familia de más de veinte personas se levanta
sin molestia alguna para ir a la oficina.
El día es hermoso, el sol brilla en la
oficina, con las normales de los días
de trabajo, de las horas largas y
de las largas jornadas de las oficinas
de las oficinas de las oficinas de las oficinas
de las oficinas de las oficinas de las oficinas

NUNCA has podido evitar abrir los ojos a la misma hora, aun durante estos años sin horario en que puedes llegar a la oficina cuando se te pegue. Patricia se levantó más temprano que de costumbre para ir a Laredo. Desde la recámara alcanzaste a escuchar las indicaciones que hizo a la muchacha, antes de marcharse: el jugo de naranja para el señor, anotas los recados telefónicos, que como bien los niños, hace rato oíste el rumbido del auto de Claudio, que salía a la escuela.

Tu cuarto huele a confort, el clima central te hace el efecto de una cálida sensación, de no saber nunca cómo andan los tiempos en el exterior; acomodas las almohadas y alcanzas del buró el aparato de control remoto para encender la Sony; la voz telefónica que le repite a Ochoa: lo felicito mucho por su programa, acaba con el cuadro del tedio. Aún así te da una flojera atroz pararte a orinar al baño; ni hablar, a la de tres: el contacto de tus pies descalzos con la alfombra es una caricia reconciliante. Qué fácil te adaptaste a la prosperidad, a este nuevo status que tu papá no perdona: y que primero muerto que pararse en tu casa.

La jaula de oro, te dijo una vez René, en una de las visitas relámpago que hace a Monterrey, y lo soltó sin rencor, sin mala leche, sin sombras moralizantes, mientras descubría en un rincón de la biblioteca aquella foto de Martínez Verdugo, que le tomaste en un congreso. Y sin embargo, por ahí andaba el sin-sabor, por ahí flotaban las jornadas juntos en el festival de Sabinas, con las normalistas de Galeana; los tiempos de estudiante pobre, de las horas largas junto al café sableado a los maestros de las charlas intensas, de las explicaciones presentidas; de las furtivas novelas expropiadas de la Iztaccihuatl; de la neta amistad, al recibir en préstamo un libro subrayado, donde el cuate te hacía compartir sus puntos importantes; los días del tráfico de sambas: Carlos Lira, Vinicius de Moraes, Antonio Carlos Jobim, Astrud Gilberto; de las páginas de poemas de Rimbaud y Pound arrancados a los libros de la Biblioteca Franklin, que regalarías más adelante a Marcia, cuando así por dichosa casualidad te la encontrabas en algún camión rumbo CU; los años imborrables del descubrimiento de qué la educación te la tenías que dar tú mismo; del ejercicio de la vida, los días de la fuerza, que no supiste en que momento se te escaparon.

Enciendes un cigarro, de pasada cambias de dirección la antena de conejo sobre la tele, para ver mejor el tres; los programas para la mujer, en la misma vía del retraso mental, te traen en los comentarios la banal alegría sobre el triunfo del equipo universitario; quién iba a decir que tú, a quien el deporte comercial causaba repulsión, habrías de volverte adicto para conratiarte con tus superiores, y poner, en su momento, caras de genuino entusiasmo, de gran confraternidad.

Son las nueve de la mañana y en la cuesta del desgano total, decides darte un regaderazo; primero buscas en tu bolsa de calle la agenda para anotar la renta del videocassette de Casablanca, para echártelo el fin de semana. Tienes que ir preparando la junta directiva de la noche, está la grilla con los del grupo y hay que llamar por teléfono a los aliados: que no te vayan a faltar; con la campañita de *El Norte*, es fundamental la asistencia para la votación.

Te vistes con el conjunto beige que te compró Patricia en Amigoland; te resulta agradable estrenar con frecuencia; ya con las cadenas y la esclava de oro puestas, te encuentras atractivo y poderoso, si no fuera por el malestar de quién sabe qué mal sueño con que te amaneció el día.

De pie, en el antecomedor, tomas el jugo y un yoghurt. Al abrir la cochera, la belleza de la Sierra Madre cubierta de nubes grises te reproducen, como en el sueño, la secuela de la angustia contenida; esa sensación de autominusvalía, desasosiego inexplicable que, como mal tercio, suele presentarse cuando todo ha de marchar bien. El auto del año te compensa suavemente y pones un cassette de *Bread*; quedaron atrás los días del milagro, aquellas mañanas en que sin encontrar quién te ayudara a empujar el carronato, sin dinero para taxi, no te quedaba otra alternativa que acudir al democrático.

Tienes que pasar primero a Rectoría, por unos documentos. Las bardas te traen profusamente las pintas electorales, *México: creo en tí*, aunque hoy te oprima el PRI. Recuerdas las sonrisas de tus compañeros del grupo, cuando especularon colaborar económicamente en la campaña de la raza porque, como es-

tá la crisis, podrían ganar, y entonces siempre es conveniente tener tendidos puentes.

En la gasolinera, una muchacha de Volkswagen te dirige una mirada ligadora; te entristece que el entusiasmo por iniciar nuevas relaciones haya decrecido con los años. Interiormente, te intimida que tal vez parte, o todo el interés de la chica sea por el estuche, y un poco contrariado, te pones los lentes oscuros.

Si hubieras sabido el giro que tomarían las cosas con la sucesión, no tendrías en este momento la úlcera sangrando. La revirada era de esperarse: abandonaste a "los amigos" y las traiciones, tan sencillio como eso, no se perdonan. Todavía no te explicas de dónde te salió la miopía para no calibrar la correlación, cómo se te alcanzó suponer que conspirar con la Izquierda se gregada que trabaja en la Universidad te habría de reeditar posiciones más ventajosas; que hasta en el plano total de la lucha psicológica, te atreviste a alardear de tu "fuerza", a todas luces inexistente.

Todavía no asimilas en el paisaje al centro de informática. La bruma matutina de ciudad universitaria te trae las clases en la Facultad, cuando el loco de Economía citaba a las seis de la mañana, con un frío ejemplar y la humedad del rocío en el viento, golpeando la rendija de cara entre la bufanda a rayas y la gorra de estambre roja de Marcia, en el pasillo frente al jardín, panfleto en mano, después de haber pasado la noche en blanco junto al mimeógrafo de la escuela.

En el elevador, un antiguo compañero de generación te sume en la perplejidad al invitarte un café, palmada al hombro, con el clásico: n'hombre es que tengo un hermano sin chamba. Acalorado e incómodo,

frente al despistado que aún te considera agencia de colocaciones, no sabes si tomarlo como una agresión o como voto de confianza.

Así está tu número: si el Gobierno decide implementar la orden de aprehensión, siempre cobrará matices de orden político. Mientras tanto tienes que seguir figurando, los artículos en la prensa con sesgos disidentes dan imagen, aunque ahorita, como están las cosas, no sabes qué intereses hay detrás de la avenencia a publicársete cuanto material presentas; tal vez alguna bronca interna de la IP contra la administración, quizá es que tus textos duros, que ni tú mismo te crees, no ofrecen el menor peligro y das margen a que se maneje el viejo juego de la libre expresión.

En el estacionamiento, saludas a aquella chica de Biológicas que fue novia de Claudio, la efusión con que agitó su mano te hace pensar en los alardes de rompecorazones de tu hijo, quien también, para acabarla, ha contribuido con su parte a la rachita. Cuando lo tienes cerca terminas abrumado, siempre temiendo algún sarcasmo, que de pronto aflore su testaruda recriminación, no totalmente asumida. Si tan sólo no existiera la nómina de seguridad.

Estas vacaciones sí le darás permiso para que use, con sus amigos, el condominio de la Isla o la villa en Las Hadas: que se relaje, que entienda que el poder tiene un precio. Que no te vuelva a salir con el cuento de la otra noche, en que te despertó con un escándalo de patadas en su ropería, y llegaste hasta su recámara para contemplarlo, hasta el gorro, tras haber quebrado el espejo, gritándote iracundo, que le caía en los güevos que la raza le cantara que su jefe era un pinche

transa, que no aguantaba las provocaciones de los activistas de su escuela y que menos sufría la protección que le brindaban los porros. Para terminar desafiándole a golpes, con un ardor que no le conocías, cuando le planteaste la necesidad de abandonar la Universidad.

En el auditorio, mientras aguardas a que se cubra el quórum para iniciar la junta, escrutas los rostros de los asistentes; te alertó la frialdad de los aliados y la omisión del beso, en el saludo, de las maestras que siempre han jalado contigo. Te refuerzas: nada podrán contra ti, cualquier acusación implicaría sacar a la luz los nombres de gentes que ocupan posiciones de primera importancia en el equipo del jefe de gobierno; además, con los antecedentes de este señor, un acto de justicia alcanzaría las dimensiones de la represión, que a nivel nacional tendría un eco especialmente inconveniente, próximas como están las elecciones.

Vuelves a casa, desolado, hoy se presentó el día. En quienes estaba salvar tu permanencia en la Universidad, tu grupo, tus protegidos, por quienes negociaste puestos de dirección, a quienes les abriste espacios, conciliando intereses para mantener su presencia definitiva en la toma de decisiones; todos los incondicionales, los que, gracias a ti, se hicieron de auto nuevo, de casa propia, de finca en el campo; tus amigos de la paz comprada por todos estos años: no se presentaron.

Patricia no ha regresado de Laredo. Sientes un vacío en el estómago casi insoportable. No hay tristeza, tan sólo fastidio y abulia, una suerte de entumecimiento del cerebro. Se extinguió el sexenio, no ha-

brá más concesiones, tu imprenta irá a la quiebra segura: No metes el carro a la cochera, con la idea de volver a salir, de buscar alguien para hablar, aunque sabes de sobra, las reservas hacia tu vida claudicada. Quién asumiría la insensatez de escucharte y además cómo podrías defenderte. Tu hermosa casa está en silencio, ninguna conversación por despuntar, ni una palabra cerca para ampararte.

En el umbral, sumido en un calor húmedo, miras la calle casi borrada por la corriente, los árboles del jardín se estremecen por la cortina de agua, entre los rayos que centellean sobre las montañas intuyes, turbado, que toda esa escenificación de tiempo a ciago y revoltoso es por tu desenlace.

Te conmueve el gesto innecesario del velador de la escuela, cuando perdido el dominio de ti mismo, presa de un pánico extraordinario, saliste de la Facultad esforzándote por sonreír de algún modo despreocupado a unos alumnos que te observaban desde la explanada; intentando conservar, hasta lo último, tu aire característico de dignidad desdeñosa, y en el momento de subir al auto, sentirte tocado en el hombro por una voz torpe y servil de extemporánea simpatía: Es que el director provisional ya tenía la nómina desde 'ora en la tarde.

Sigues despertándote al amanecer, sólo que ahora lleno de un dolor asustadizo, de un miedo cuajado de tensiones invisibles; sintiéndote extrañamente apriionado, absurdamente concluido; como si, en el sueño, hubieras perdido horas vitales, con la febril opresión de que había algo urgente que deberías, sin subterfugios, haber hecho.